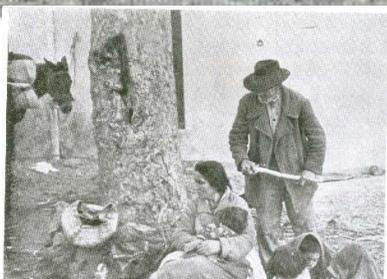
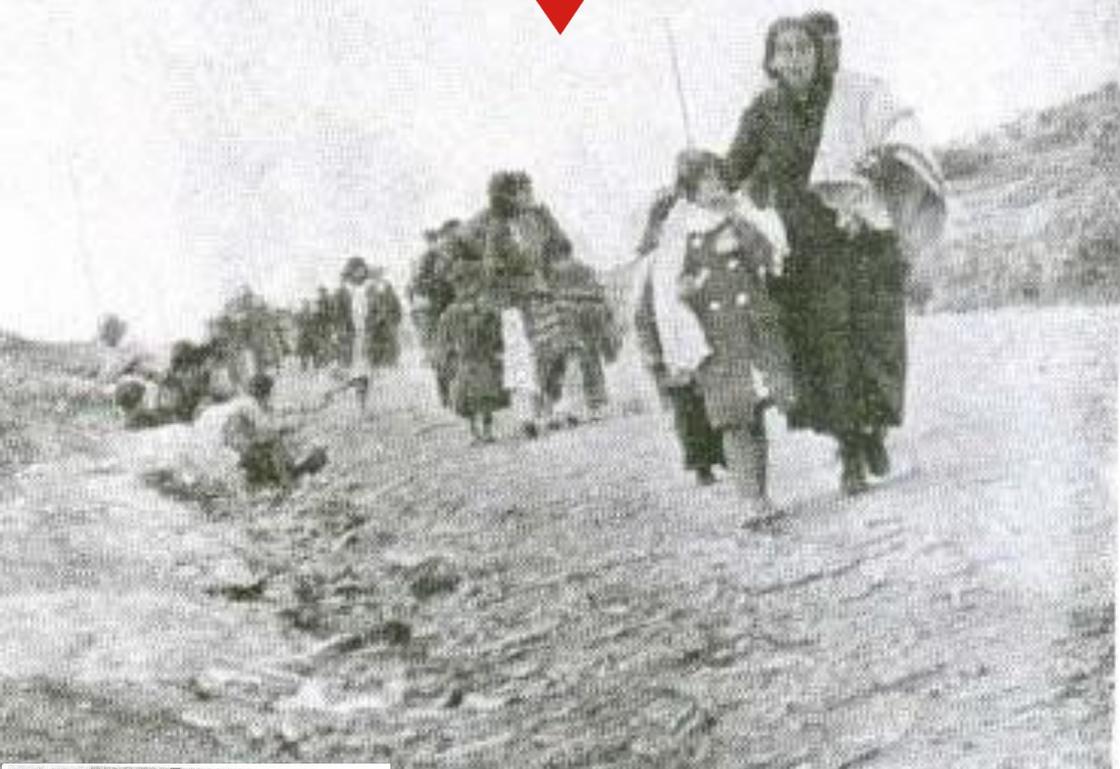


Norman Bethune

**EL CRIMEN DE LA CARRETERA
DE MÁLAGA –ALMERÍA**

FEBRERO de 1937



EL CRIMEN DE LA CARRETERA MÁLAGA - ALMERÍA

Homenaje a Norman Bethune, médico y ejemplar testimonio de solidaridad

Este cuaderno es el escalofriante testimonio verbal y fotográfico del exterminio del pueblo malagueño, crónica realizada por Norman Bethune que a la par es una vivificante lección de la solidaridad internacional.

Junio 2005

Imprime y edita:

CLUB DE AMIGOS DE LA UNESCO DE MADRID

San Bernardo, 20-2ª-5 28015 MADRID

Tel: 913 691 652 · caummadrid@gmail.com · caum.es



EL CRIMEN DE LA CARRETERA DE MÁLAGA-ALMERÍA

(FEBRERO DE 1937)

“Lo que quiero contaros es lo que yo mismo vi en esta marcha forzada, la más grande, la más horrible evacuación de una ciudad que hayan visto nuestros tiempos.

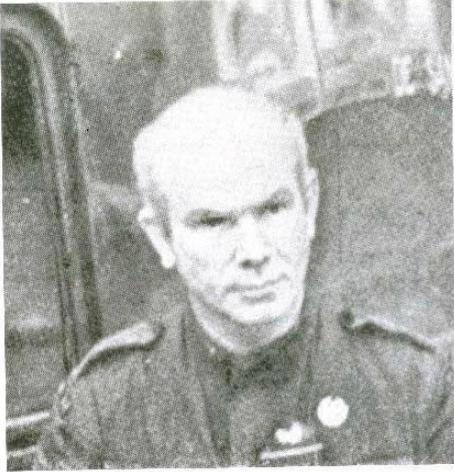
“Imaginaos ciento cincuenta mil hombres, mujeres y niños que huyen en busca de refugio, temerosos del ejército nacionalista del general Queipo de Llano. No hay más que un camino. No hay más vía de escape. La ciudad que buscan es Almería, y hay que andar hasta allí cerca de doscientos kilómetros... huyendo entre declives de más de treinta metros. Un camino encajonado entre los altos picos de la Sierra Nevada y el mar... hay que andar cuarenta o cincuenta kilómetros al día, una caminata de cinco días con sus noches... Y no encontrarán alimento en los poblados por donde pasan, ni medios de transporte. Tienen que caminar, caminar, mujeres, ancianos y niños... tambaleándose, tropezando, abriéndose los pies en los pedernales polvorientos, mientras que los fascistas los bombardean sin piedad desde los aviones y los cañonean desde el mar.

“Es una inmensa hilera humana, que se estira de Málaga a Almería... Aunque menos conocido que otros, fue el hecho más criminal de la Guerra Civil: más que las matanzas de Badajoz, más que el bombardeo de Guernica...

Norman Bethune, autor de lo escrito más arriba, y varias personas más, testigos todos del horrendo crimen de la carretera de Málaga a Almería, narran su experiencia inolvidable, de una población, la gran mayoría civiles inermes, que huye despavorida y en masa, perseguida por las columnas italianas, y atacada despiadadamente por la aviación alemana y por los buques de la marina franquista.

Este cuaderno del Caum resume la obra publicada con el mismo título por la Consejería de Cultura y la Diputación Provincial de Málaga. Rinde homenaje a la entrega y el sacrificio del conjunto de personas integrantes de las Brigadas Internacionales, entre ellas y en particular a la personalidad de Norman Bethune, símbolo con sus colaboradores del papel del individuo en la transformación de la sociedad, que permanecerá siempre viva en la memoria del pueblo republicano español y de la población malagueña que fue martirizada.

Jesús Majada se ocupa en el libro de escribir la biografía de Norman Bethune. Hay personajes que subyugan – nos dice. Lo son en particular esos a los que los jóvenes deseosos de cambiar el mundo miran como puntos de referencia. Entre estos se encuentra Bethune, solidario, desinteresado y generoso, que dedica su vida a una idea, una idea que le marca el camino que le lleva siempre a ayudar a los demás.



Norman Bethune,

nacido en 1890 en Gravenhurst (Ontario, Canadá) interrumpió sus estudios de medicina para enrolarse como camillero de ambulancia en la Primera Guerra Mundial. En 1916 obtuvo la licenciatura y realizó estudios de posgraduado en diversos hos-

pitales de Gran Bretaña. Se instaló en Detroit, pero al descubrir en 1926 que estaba enfermo de tuberculosis regresó a Gravenhurst. Poco después le anunciaron el descubrimiento de un controvertido tratamiento de la tuberculosis, el neumotórax. Se sometió al tratamiento y se curó. Se instaló en Montreal para poder investigar sobre cirugía torácica. Escribió diversos artículos sobre el desarrollo de nuevos instrumentos quirúrgicos, casi todos ellos referidos a la curación de la tuberculosis. Entre 1928 y 1936 se convierte en un célebre especialista, reputado como cirujano pulmonar y conocido como pintor, escritor, buen orador y socialmente considerado en Montreal. Pero Bethune observa que algunos de sus pacientes no terminan de curarse, porque después de ser tratados no viven en las condiciones higiénico-sanitarias adecuadas.

“La tuberculosis causa más muertes por la falta de dinero que por falta de resistencia a la enfermedad: el pobre muere porque no puede pagarse la vida.

Y emprende una encendida lucha por la implantación de un régimen público de asistencia sanitaria que generalizara los tratamientos médicos a toda la población de Canadá.

Defiende que la mejor protección de la salud sería el cambio del sistema económico que engendra la falta de higiene, y la eliminación de la ignorancia, la pobreza y el paro. Aunque no fue aceptada su propuesta de establecer un sistema sanitario de carácter universal, terminaría por hacerse sitio –años más tarde- en el seno del sistema sanitario canadiense.

En 1936, siendo Jefe del Servicio del Hospital Sacre-Coeur de Montreal, intuye que la guerra de España es un ensayo general de la Guerra Mundial que se avecina, un enfrentamiento entre dos conceptos sociales opuestos:

“la democracia se debate entre la vida y la muerte. Comenzaron en Japón, ahora en España, y después en todas partes. Si no los detenemos en España, ahora que aún podemos hacerlo, convertirán el mundo en un matadero.

“Me niego a vivir sin rebelarme contra un mundo que engendra crimen y corrupción. Me niego a cerrar los ojos por pasividad o por negligencia...”

Abandona su puesto en Montreal y se enrola como voluntario para ayudar a los republicanos en la Guerra Civil española. Llega a España el 3 de noviembre de 1936 para coordinar y organizar la ayuda médica que desde Canadá se envía al Gobierno de la República. Bethune se incorporó a los servicios médicos de las Brigadas Internacionales

Crea un Servicio Médico Canadiense que trabajará en el mismo frente de batalla, para suministrar sangre, salvando así a centenares de heridos: es la primera vez que se utiliza una unidad móvil de transfusiones. Había acomodado una furgoneta con el material médico necesario (un generador, un frigorífico, un autoclave, botellas, jeringuillas, etc.). Primero desarrolla su actividad en las afueras de Madrid, pero pronto distribuye y transfunde sangre en la sierra de Guadarrama.

Luego amplía su campo de acción a Guadalajara. Y más tarde trabaja también en Cataluña y Valencia, siempre por carreteras o caminos cercanos a arroyos donde poder enfriar la sangre en caso de que se estropeará el frigorífico o el generador.

EL DOMINGO, 7 DE FEBRERO DE 1937 TODO UN PUEBLO EN FUGA HUÍA DE MÁLAGA. LA CIUDAD ESTABA SIENDO OCUPADA POR LAS LEGIONES DE ITALIANOS Y ALEMANES Y POR LOS MOROS DEL TERCIO EXTRANJERO.

Ante las noticias del éxodo, Bethune se había dirigido a Almería para socorrer a los refugiados. Cuando comprueba la dimensión de la tragedia, decide desmontar los utensilios médicos de la ambulancia y utilizar el vehículo para acercar especialmente a los niños. Durante tres días con sus noches sin descanso él y sus ayudantes Hazen Size y Allan May hacen incursiones en la carretera para transportar a niños y ancianos.

Los horrores de estos hechos, la muerte, el hambre, el cansancio, el miedo, la angustia y la desesperación de los malagueños quedaron reflejados en el inquietante relato que escribió el Dr. Bethune y en las tremendas fotografías de su colaborador Hazen Size. En 1938, su inquietud le llevó a China, para ayudar como médico a las tropas de Mao Tse-Tung en su lucha contra la invasión japonesa. Enseguida le encomendaron la jefatura de los Servicios Médicos del Ejército Rojo. La figura de Bethune alcanzó dimensiones de mito y se convirtió en uno de los personajes más heroicos de la Revolución. Murió el 12 de noviembre de 1939. En China es uno de las personalidades más queridas y admiradas de su reciente historia. En España, en Málaga, es un desconocido.

“España es una herida en mi corazón. Una herida que nunca cicatrizará. El dolor permanecerá siempre conmigo, recordándome siempre las cosas que he visto”.

Norman Bethune alternó el bisturí con la pluma para explicar al mundo lo que fue la horrenda evacuación en masa de la población malagueña, huyendo de las tropas fascistas el domingo 7 de febrero de 1937... Escribe el diario de sus cuatro días y cuatro noches en la carretera de Málaga-Almería. Comenta que lo hizo bajo una especie de ataque de furia, durante el siguiente día y noche. Cuando terminó se paró delante de la ventana rota del hospital de niños, mirando la ciudad de Almería, aún humeante bajo la luz del amanecer.

“Lo que quiero contaros es lo que yo mismo vi en esta marcha forzada, la más grande, la más horrible evacuación de una ciudad que hayan visto nuestros tiempos. Habíamos llegado a Almería el miércoles 10, a las cinco de la mañana. Traíamos de Barcelona un camión con sangre preparada para transfusiones con destino a los heridos de Málaga. En Almería supimos la noticia de la caída de Málaga y nos aconsejaron que siguiésemos nuestro camino, porque se tenía por seguro que Motril había caído también. Entonces resolvimos ir a ver en qué condiciones se estaba llevando a cabo la evacuación de heridos Salimos por el camino de Málaga, a eso de las seis de la tarde, y a unos cuantos kilómetros nos encontramos con los que encabezaban la desventurada procesión.

Venían primero los más fuertes, los que habrían podido transportar sus cosas en burros, mulas y caballos. Luego, el espectáculo se hacía más lastimoso. Miles de niños (contamos cinco mil menores de diez años), y por lo menos mil de entre

ellos descalzos y cubiertos apenas con harapos. Las madres los llevaban echados al hombro o tiraban de ellos por la mano. Pasó un hombre con sus dos pequeños a la espalda, niños de uno y dos años, y cargando además con cacerolas y trastos, y recuerdos queridos de su hogar... Había mujeres que no podían dar un paso más: la sangre de las úlceras de sus piernas hinchadas teñían de rojo sus alpargatas blancas. Muchos viejos abandonaban toda esperanza y, tumbados en la cuneta del camino, esperaban la muerte.

Nuestro coche se abría paso a duras penas... Los refugiados pasaban al lado del camión, como si no lo vieran. Seguían caminando cansinamente, con los ojos entornados hacia el suelo como síntoma inconsciente de extenuación... Las mujeres avanzaban lentas con sus vestidos oscuros... Tenían la cara y los ojos congestionados por el polvo y el sol de cuatro días, y levantaban hacia nosotros, en sus brazos cansados, los cuerpecitos de sus hijos... Los niños llevaban solamente su pantalón y las niñas su vestido ancho, medio desnudos todos bajo el sol... Niños con los bracitos y las piernas enredados en trapos ensangrentados: niños sin zapatos, con los pies hinchados; niños que lloraban desesperados de dolor, de hambre, de cansancio... cuatro días perseguidos por los aviones de los bárbaros fascistas, y cuatro noches de caminar en grupo compacto hombres, mujeres, niños, mulas, burros y cabras, tratando de mantenerse juntas las familias, llamándose por el nombre propio, buscándose en las sombras.

Al principio eran grupos dispersos... Después aparecían a intervalos más frecuentes, y por último una hilera continua, unos pisando los talones a los otros... Parecían haber nacido del suelo... Una fila interminable a lo largo del camino con el sol encima y el mar debajo. Entre el murmullo del mar y el eco de los montes el único ruido era el de las sandalias de esparto arrastradas sobre las piedras, el silbido de la

respiración cansina y el lamento que salía de los labios agrietados. Eran de todas las edades, pero sus caras estaban dibujadas con los mismos rasgos de agotamiento. Una mujer sujetando su vientre, sus ojos abiertos, aterrorizados.

Pasaban al lado de nuestro camión sin expresión... Sise detuvo el camión. Yo salí y me paré en medio de la carretera... No tenían fuerzas para seguir, pero temían detenerse. Decían que los fascistas venían detrás de ellos. ¿Málaga? Sí, Málaga había caído... Volví al camión... Yo pensaba en Málaga. En algún lugar habría nuevas defensas... Al final del camino habría lucha, heridos moribundos que necesitarían la sangre que habíamos traído desde Madrid.

Aceleramos la marcha. La carretera se inclinaba y la línea de refugiados se hacía más ancha. Llegamos a una curva en dirección al interior, una pequeña subida, y de repente una bajada hacia una llanura. Sise sorprendido, pisó el freno bruscamente... Una muchedumbre de personas y animales ocupaba todo el ancho de la carretera.... La llanura se extendía tan lejos como la vista podía alcanzar, y por ella serpenteaba una hilera de treinta kilómetros de seres humanos, como un gusano gigantesco con innumerables pies que levantaba una nube de polvo que se extendía hasta más allá del horizonte a lo largo de la árida llanura y se elevaba hasta las montañas... La carretera ya no se veía en ningún sitio. Estaba desbordada por los refugiados.

Comenzamos a descender lentamente. Sise tocaba la bocina sin parar... Ellos no prestaban atención... Simplemente fluían a los lados del coche con la vista baja golpeándose contra los costados y después ocupando de nuevo todo el ancho de la carretera... Una rápida mirada a lo largo del camino le producía a uno un fuerte escalofrío: kilómetros de gente, y en medio miles de niños

...¡Venían de Málaga, andando durante cinco días y cinco noches...!

Después la masa de gente caminante cambió casi imperceptiblemente, como un manantial que de pronto se torna lodo. Juré en voz baja: ¡Militares! Al principio unos pocos, pero un kilómetro más allá venían a cientos. A miles. Sus uniformes estaban rotos; sus armas inservibles; las caras, con barbas de días; los ojos, hundidos por la derrota... Eran refugiados como el resto, en silencio, tristes, huyendo...

Teníamos que maniobrar entre los carros rotos y los camiones abandonados. Los burros moribundos habían sido arrojados a las playas, donde la gente yacía también, con la lengua inflamada en sus bocas secas... Paramos un momento... y fuimos engullidos por una multitud de súplicas, de manos intentando alcanzar el camión, gente pidiendo agua y transporte. Les dimos nuestras cantimploras y seguimos avanzando... Pronto se hizo la noche. A nuestro lado oíamos el paso apretado de los refugiados. Sin luces era imposible conducir..., y al fin nos detuvimos... Un grupo de militares se acercó a nosotros. –Los fascistas avanzan deprisa hacia el este- nos dijeron. La siguiente ciudad era Motril, y ya debía estar en manos enemigas... No había frente. No había resistencia. Toda la región costera estaba cayendo en manos de las tropas extranjeras de Franco...

Resolvimos regresar para dedicarnos a transportar a los más desvalidos... Descargamos el equipo y las existencias de sangre..., para hacer sitio y mandar el material con la primera ambulancia que pasase..., después abrimos las puertas traseras. Se podía ver la excitación en los rostros de los refugiados. Todos esperaban, pero sin saber si tendrían posibilidades...

Una multitud de padres y madres se apretó alrededor del

coche. Decidimos transportar a las familias que tuviesen más niños, y a los niños sin padres, que eran incontables. Llevábamos treinta o cuarenta personas en cada viaje.

Así estuvimos cuatro días y cuatro noches yendo y viniendo, trabajando esforzadamente para evacuar a la población que quedaba de toda una ciudad.... Sise estuvo al volante durante cuarenta y ocho horas mientras yo me quedaba en la carretera preparando el siguiente grupo. Nuestras caras estaban ya partidas por falta de sueño. Perdimos la noción del tiempo. Vivíamos con el dolor de los que se quedaban atrás... Trabajábamos sabiendo que cada viaje podía ser el último y con el miedo de que los últimos evacuados fueran aniquilados por los fascistas... En cada viaje a Almería Sise se detenía para pedir ayuda de camiones, carros o cualquier otro medio para acelerar la evacuación. En la ciudad no quedaba ya nada que se moviera sobre ruedas...

En el Hospital del Socorro Rojo de Almería, los refugiados recibían atención médica, alimento y ropa. Al incansable esfuerzo de Hazen Sise y Thomas Worseley se debe la salvación de muchas vidas. Iban y venían alternando, día y noche, durmiendo a campo abierto entre los turnos, sin más alimento que naranjas y pan.

Durante el día trabajamos entre nubes de polvo, bajo el sol que quemaba la piel, con los ojos enrojecidos y con las tripas haciendo ruido. De noche, el frío era insoportable y deseábamos el calor de nuevo. Un profundo silencio reinaba entre los refugiados.

Yacían hambrientos en los campos, atenazados, moviéndose solamente para mordisquear alguna hierba. Sedientos, descansando sobre las rocas o vagando temblorosos sin rumbo con la mirada vidriada y perdida por la alucinación. Los muertos estaban esparcidos entre los enfermos, con los ojos

abiertos al sol.

Entonces, unos cuantos aviones pasaron sobre nuestras cabezas. Brillantes aviones plateados: bombarderos italianos y Heinkels alemanes. Se lanzaron hacia la carretera y, como una maniobra de tiro rutinaria, sus ametralladoras trazaban dibujos geométricos entre los refugiados que huían...

De nuevo vi el camión que volvía. Cargamos a cuantos pudimos. Esta vez subí yo también, llevando a un niño en mis brazos, que gemía y me miraba con ojos febriles. Probablemente meningitis... Yo esperaba llegar a tiempo a Almería.

Me quedé dormido... Cuando desperté vi el camión bajando lentamente la cuesta del último kilómetro... Decenas de miles de refugiados surgían de entre las montañas y se extendían como un abanico. Parecía un enorme enjambre sobre las colinas, la carretera, las playas. Algunos caminaban en el agua para llegar antes a la ciudad. A la entrada de la ciudad el camión avanzaba al mismo paso que la multitud apretada, centímetro a centímetro. Pero al fin estábamos en Almería.

Oíd ahora el final...

Como si no fuese bastante haber bombardeado y cañoneado esa procesión de campesinos inermes a lo largo de su caminata interminable, el día 12 de febrero, cuando el pequeño puerto de Almería estaba atestado de gente refugiada, cuando la población se había duplicado, cuando aquellas cincuenta mil personas exangües habían llegado al sitio que creían un abrigo seguro, los aeroplanos fascistas, alemanes e italianos, desataron sobre la población nutrido bombardeo... arrojaron diez bombas en el centro mismo de la ciudad, en la calle principal de Almería, donde, amontonados en el pavimento, dormían exhaustos los refugiados. Cuando se

habían alejado los aviones, levanté del suelo los cadáveres de tres niños... La calle parecía un degolladero, con los muertos y los agonizantes, alumbrado por las llamas de los edificios que ardían. En la oscuridad, los quejidos de los niños heridos, los gritos de las madres agonizantes y las maldiciones de los hombres, se alzaban en un lamento de masa hasta hacerse intolerable... Aquella noche fueron ametrallados, desde los aeroplanos, cincuenta paisanos, y hubo más de cincuenta heridos...

A la luz de los edificios ardiendo se veían multitudes de gente que surgían de cualquier sitio, corriendo sin saber hacia dónde, escapando de las bombas o pasando bajo paredes que se tambaleaban, cayendo en los enormes hoyos que las bombas habían hecho en el suelo, agarrándose y gritando mientras desaparecían... No había ruido de bombas en la dirección del puerto. ¡Los bombarderos no estaban interesados por el puerto! Iban siguiendo presas humanas. Iban tras los cien mil que habían conseguido huir de ellos en Málaga, que habían rehusado vivir bajo los fascistas, y que estaban ahora acorralados aquí y que hacían un blanco perfecto. Durante una semana habían dejado tranquila Almería... Ahora que la dura marcha desde Málaga había terminado, ahora que los refugiados estaban recogidos entre unos cuantos bloques de ciudad, donde el asesinato en masa requería un mínimo de bombas, ahora Franco estaba saciando su sed de venganza. No importaba nada el puerto. Un puerto no puede pensar, ni desafiar al fascismo, ni sangrar. Sólo la gente tenía cerebro, corazón, valor. ¡Matadlos, mutiladlos, mostradles las garras despiadadas del fascismo!...

De pronto el bombardeo cesó y el rugido de los aviones se perdió en el cielo. Las llamas iluminaban las caras de los hombres y mujeres paralizados por el horror... El ataque había pasado, pero quedaban los muertos y los moribundos.

Até las heridas de la gente con tiras de tela sacadas de sus propios vestidos.

En el centro de la ciudad llegué hasta un círculo de mujeres y hombres en silencio. Dentro del círculo había un enorme cráter abierto por una bomba. Dentro del cráter había tuberías retorcidas, ropas rasgadas, una masa aplastada de lo que una vez fueran seres humanos...

¿Qué crimen habían cometido estos hombres de la ciudad para ser asesinados de modo tan sangriento? Su único crimen había sido el de votar por un Gobierno del pueblo; moderado paliativo contra la carga aplastante de siglos de codicia del capitalismo. Alguien pregunta por qué no se quedaron en Málaga a esperar la entrada de los fascistas. Porque bien sabían lo que había de sucederles. Bien sabían lo que habría de ser de sus hombres y de sus mujeres, puesto que ya ha sucedido muchas veces en otras ciudades capturadas por ellos. Todos los hombres de quince a sesenta años que no pudiesen probar que se les había forzado a apoyar al Gobierno legítimo, serían fusilados sin más trámite...

Alardo Prats recogió del libro de Norman Bethune, que editara en 1937 Publicaciones Iberia, Madrid, los datos para la Presentación de la obra aparecida en 2004, a la que pertenecen los fragmentos siguientes:

La muchedumbre, enloquecida por el pánico y la desesperación marchaba por los caminos de Motril a Almería. A la derecha del camino, abierto al mar, vomitaban fuego mortífero los cañones de los navíos nacionalistas, secundados por las unidades de las escuadras alemanas e italianas. Bajo la

explosión de las granadas... se abrían en el torrente humano claros trágicos con centenares de mujeres, de hombres, viejos y niños horriblemente ametrallados. Desde el cielo de un impenetrable azul, bajaban los aviones alemanes e italianos- y sembraban la muerte por doquier..., las multitudes seguían su marcha apresurada, su carrera de desesperación y de angustia...

“De pronto –en la jornada del 10 de febrero- un camión-ambulancia pugna por abrirse camino en dirección contraria al tumultuoso discurrir del torrente humano. A la derecha y a izquierda de la carretera, centenares de heridos, de niños que, en vano, llamaban a sus padres y de mujeres desfallecidas, con los pies horrorosamente hinchados y sangrantes por la larga caminata, atormentados por el hambre y la sed, caían rendidos. Otros caían muertos. El camión llevaba en sus flancos la siguiente inscripción: Servicio Canadiense de Transfusión de Sangre. En su “baquet”, vestidos con monos azules, tres hombres: el doctor canadiense Norman Bethune, su ayudante Hazen Size, y un conductor del vehículo, también canadiense.

“Estos tres hombres fueron de los primeros en acudir en auxilio de los enfermos, niños, mujeres y heridos que huían de Málaga, empujados por el terror a la dominación fascista. Tres figuras magníficas de la solidaridad humana..., tres personalidades de una egregia ejecutoria moral que merece ser perpetuada en la memoria de todas las conciencias honradas del mundo, en las que por encima de toda otra consideración se acusa el sentido, profundo y austero, del sacrificio por el semejante. A la pluma honrada del eminente doctor pertenecen las apreciaciones que en este documento se publican sobre la terrible marcha emprendida por los españoles de la ciudad de Málaga, éxodo pavoroso de todo un pueblo que prefiere, antes de someterse a la dominación extranjera y la

criminal tiranía del fascismo, mil veces la muerte. El doctor Bethune va a denunciar ante el mundo el crimen cometido – uno más y de los más monstruosos contra el pueblo español por las hordas extranjeras que pugnan por someterle a la negra tiranía de la barbarie fascista.

Natalia y Maruja Montasaroa tenían 14 y 13 años, cuando en febrero de 1937 las tropas llamadas nacionales, italianas con aviación alemana, asaltaron la ciudad de Málaga, sembrando el terror entre la población civil:

“Teníamos miedo porque oíamos a Queipo de Llano por la radio, que decía: “Malagueños, maricones, ponedle pantalones a la luna...”. Salimos el día 7, que era domingo de carnaval, a las diez de la noche, y siempre fuimos andando, hasta que llegamos a Maro el miércoles. La carretera estaba llena de gente... Nos alimentábamos de lechugas y cañadú que mi padre iba cortando. Nos dolían las mandíbulas de tanto masticar...

Durante todos los días del camino dos barcos nos estuvieron bombardeando... Murió mucha gente: no se me olvidará nunca una mujer con un niño pequeño en brazos; habían disparado desde el barco un proyectil, y las piedras que saltaron le dieron a la mujer en la cara: ella quedó muerta con el niño en brazos, al que no le pasó nada... La última noche, mientras íbamos andando yo vi a lo lejos, detrás de nosotros, muchas luces... Al día siguiente nos dijeron que eran italianos, que estaban muy cerca. La gente se escondió en el monte. Desde los tanques disparaban con las ametralladoras a todas partes... Pasaron los tanques italianos... Cuando volvimos a la carretera, una mujer escondida en la cuneta había sido aplastada por los tanques... Ya no tenía sentido seguir adelante, porque los nacionales habían cortado la carretera de Motril...

Comenzamos el regreso a Málaga. Por la carretera vimos muchos muertos: milicianos ahorcados; una familia entera (el padre miliciano, la madre y tres niños) con tiros en la cabeza; muchos prefirieron suicidarse y dar muerte a su familia antes de caer en manos de los nacionales... Cuando llegamos a Málaga... a mucha gente la encerraron en un barco que había en el puerto, y a muchos los fusilaron...

Rosendo Fuentes Ayllón tenía 12 años cuando Málaga fue atacada:

“Llevábamos lo puesto -recuerda. Nos marchamos por las aterradoras noticias que venían de la zona ocupada por los nacionales... Cuando salimos había mucha gente, pero en la carretera había más... Por el camino nos encontramos mucha gente aterrorizada y algunas personas fallecidas...: unas por bombas, otras ametralladas y otras muertas de cansancio e inanición. En el trayecto hasta Almería nos ametrallaron... El día de mi cumpleaños, por la mañana, un hidroavión italiano nos bombardeó en el puerto de Motril. Lo recuerdo muy bien porque una bomba nos tiró por los aires... Fue una suerte que estuviéramos en un campo recién arado: la bomba, de no gran tamaño, penetró en la tierra y esto atenuó su explosión... En los pocos días que estuvimos en Almería no vimos otra cosa que terror, espanto y llanto de todas las personas que tuvieron la dolorosa fortuna de haber salido de aquel infierno... Creo que lo que hicieron en Málaga fue como un ensayo de lo que posteriormente sucedió en otras guerras. Pero la primera vez que se atacó y bombardeó así a la población civil fue a nosotros, en aquella carretera: ocuparon Málaga y prepararon una trampa criminal a la salida. Veinticinco mil soldados alemanes, italianos y moros hicieron su aparición en la ciudad el lunes día 8 de febrero, por la mañana.

Tanques, submarinos, aeroplanos y buques de guerra entraron en juego simultáneamente para destrozarse las defensas de la ciudad, sostenidas por un jirón heroico de españoles sin tanques, sin aeroplanos, sin auxilio...

Miguel Escalona Quesada tenía 10 años cuando los nacionales bombardearon Los Manantiales del agua de Torremolinos, porque con ellos se abastecía a Málaga... Cuenta que eran ochenta niños venidos del Colegio Municipal de Huérfanos de Torremolinos:

“esperábamos en la acera a que llegaran unos autobuses del Socorro Rojo que nos iban a trasladar hasta Almería... En ese momento alguien dio la alarma y apareció un avión que, siguiendo la línea de la carretera, ametrallaba y bombardeaba a baja altura con bombas incendiarias... Muchos salimos corriendo; otros prefirieron quedarse en el autobús para no perder la plaza hasta Almería. Cuando el avión se marchó después de hacer varias pasadas, volvimos y encontramos nuestros equipajes y los autobuses ardiendo: los que se quedaron estaban muertos, y de los ochenta niños que éramos del orfanato nos juntamos diez... Los diez, juntos y solos, nos fuimos hasta Almería. Tardamos una semana, y casi siempre campo a través, alejados de la línea de la costa, pues los barcos no paraban de bombardear. Pasamos mucha hambre, caminábamos descalzos, y por las noches dormíamos apretados unos contra otros, pues hacía frío y había humedad de levante. Pasamos muchas calamidades... Nunca he olvidado a aquella mujer que herida por un obús, en medio de un charco de sangre amamantaba y abrazaba a su hijo de dos meses.

En Aguadulce nos recogieron en un camión unos marineros de un barco fondeado en el puerto. Llegamos a Almería,

preguntamos por el Socorro Rojo y se hicieron cargo de nosotros. Todavía sufrimos otro terrible bombardeo sobre Almería. A los pocos días nos llevaron a Barcelona... Cuando dos años más tarde se produjo la retirada general de Cataluña, también en febrero, me pasó lo mismo que cuando salí de Málaga: bombardearon la casa en que estábamos refugiados y nos salvamos de milagro; volvimos a ver personas y animales muertos en la huída, cerraron la frontera de Le Perthus, y allí a todos agolpados no nos dejaban pasar... Cuando pudimos entrar en Francia nos llevaron cerca de Angoulême a un campo de concentración.... Volví a casa en agosto de 1939. Ya tenía 13 años. Mi vuelta fue un acontecimiento: había medio pueblo detrás de mí. Pero mi hermano estaba en la cárcel condenado a muerte; a mi madre y a mis cuatro hermanas las habían pelado y les habían dado aceite de ricino; sólo de la calle al lado de mica, habían fusilado a diez: eran gente noble, trabajadora y sencilla; a María la Calderota le fusilaron sus tres hijos: no volvió a comer y se murió de pena.

José Ginés tenía 20 años en febrero de 1937.

“En el año 35 –cuenta- hice la mili en Alicante, y cuando empezó la guerra entré en el ejército republicano; así es que estuve cuatro años de miliciano: uno antes de la guerra y los tres de la guerra. Pertenecía a las Juventudes Socialistas. En febrero estaba en el cuartel de Capuchinos de Málaga... por la tarde nos encomendaron labores de vigilancia en el Cerro Coronado. Desde allí vimos acercarse una tanqueta italiana de exploración... Era domingo de carnaval... a la mañana siguiente, los italianos estaban entrando en Málaga... Tal y como estaba la situación era muy difícil defender el único corredor que la unía a la zona republicana (la carretera hasta Almería) y abastecer la ciudad. Nosotros fuimos de los

últimos que salimos de Málaga: era el lunes día 8, y no llegamos a Almería hasta el sábado por la tarde. Hicimos todo el camino sin parar, andando de día y de noche... La certera iba llena de gente... llevaban lo que podían en carillos, caballos, burros y bicicletas... La tarde del día en que salimos de Málaga, se acercó a la orilla un barco y empezó a bombardearnos... yo me había desviado un poco del camino para beber en un arroyo. Aquello me salvó la vida... Cuando volví al camino me encontré con el espectáculo más horrible que he visto en mi vida: niños, mujeres, borricos por el suelo; unos muertos, otros heridos; quejidos: "¡Socorro!", "¡Ampárame!".

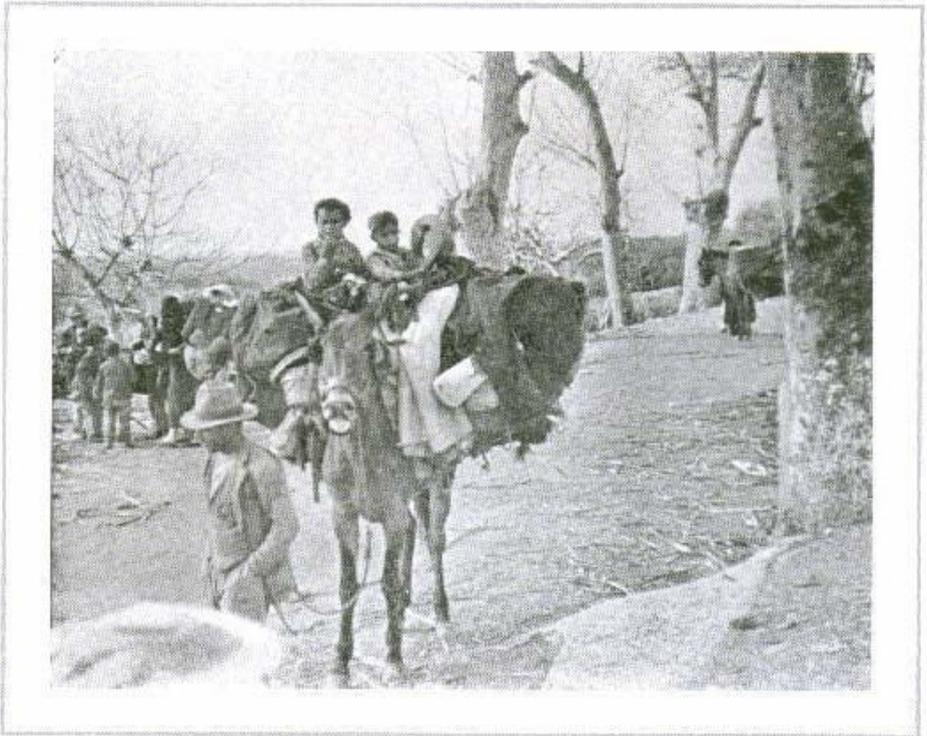
Llegamos a Motril por la mañana. Habían bombardeado por la tarde anterior: en las calles quedaban todavía animales muertos; a las criaturas ya las habían retirado.

Continuamos el camino. A la mañana siguiente en la recta de Adra no se veía la carretera: eran tantas las personase que caminaba hacia Almería, que todo el camino era una mancha de gente.... Llegamos a Almería el sábado por la tarde... A los pocos días volvimos los milicianos hacia el frente de Motril para relevar a la Brigada Internacional.

Los brigadistas eran voluntarios extranjeros que vinieron a España a defender al gobierno de la República y a luchar contra el fascismo, representado en el golpe de estado promovido por el general Franco.

FOTOS

*(Los pies de foto son los que aparecen
en el libro de igual título)*



*El malagueño sale de su ciudad con sus hijos, sus ropas,
su tristeza por la ciudad perdida.*



Burros, mulas, enseres de la casa del pobre.



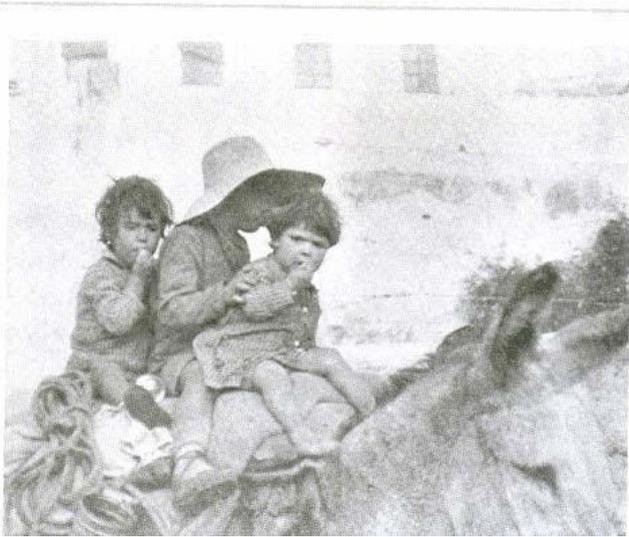
Caminando hacia Almería



La caña de azúcar como escaso y único alimento.



El interminable desfile



Los niños huyen del invasor montados en el burro blanco.

Niños cansados, madres tristes, abuelos impotentes.





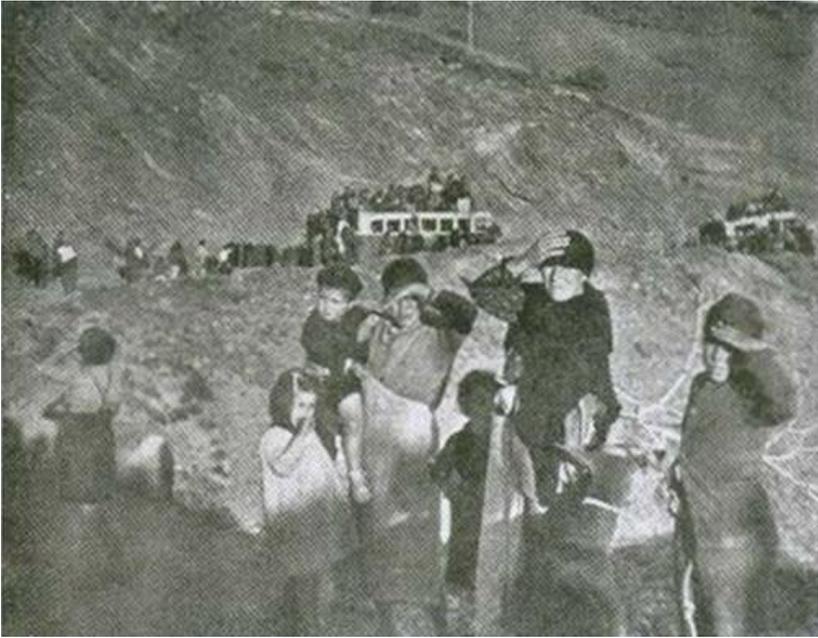
En los pueblos que atraviesa la carretera.



Descanso sin agua y sin pan.



Ayudando a los evadidos a subir en el coche ambulancia.



Todos los vehículos pasan colmados, rápidos, imposibles para la mayoría de los huidos.



Los niños han de caminar



En la casa que al camino, las madres reposan.



Niños, juguetes, miseria, odio, desolación.



El auxilio enternecedor.



La interminable caravana se remansa junto a los pueblos de la ruta.



El doctor Bethune y sus camaradas Sise y Thomas Worle.



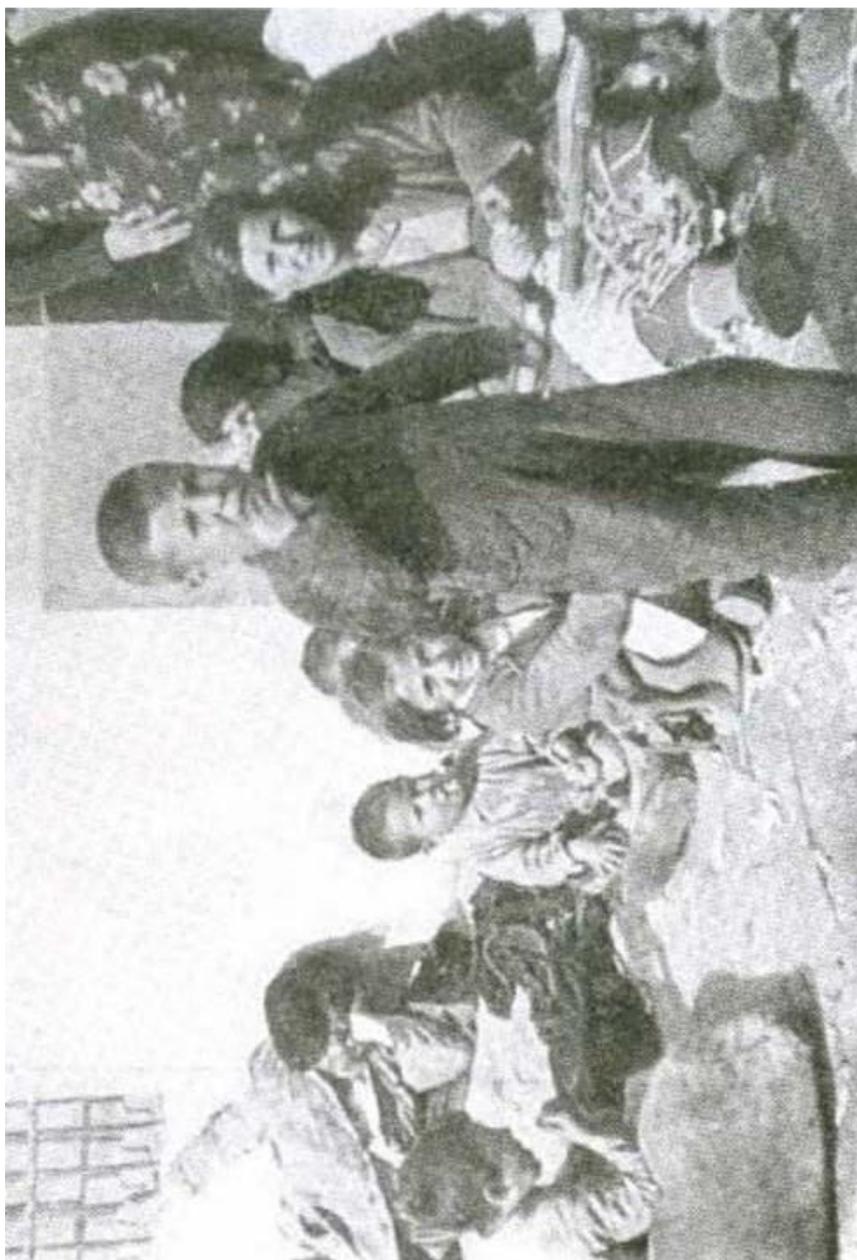
Murió su marido y ella salvará a sus pequeños.



Rendidos, deshechos, casi muertos junto al camino hostil.



Descanso en el camino hostil.



Familia descansando.



Desfallecidos a lo largo de la ruta.



*Diálogo en
las calles
de Almería.*



¿Abandonada? ¿Perdida? La niña sufre hasta el extremo de olvidar o desdeñar su tesoro de ayer.



En Almería, la metralla internacional también persigue a los malagueños indefensos.

FOR